



MERCEDES RODRÍGUEZ

Uno o dos en 23 sitios y más

AGUSTÍN GARCÍA CALVO. LUCINA. ZAMORA, 2003. 116 PÁGINAS, 7 EUROS

García Calvo gusta de arremeter quijotesca-mente contra el Estado, el Capital, la Realidad, la ortografía académica, las normas editoriales y otras quimeras. A medio camino entre la genialidad y ciertas peculiaridades idiosincrásicas que anti-guamente se conocían como chifladura, es un es-critor, y un personaje, desmesurado y fascinante.

HOMBRE de muy varios saberes, filósofo y lingüista, el núcleo de su obra incitante y plural se encuentra, como en el caso de Unamuno, en la poesía. Aunque comenzó a escribirla en los 40, en su época de estudiante en Salamanca, no comenzó a publicar-la hasta los setenta, lo que le lle-vó a quedar descolgado de su generación, que es la misma que la de José Ángel Valente, Ángel González o Claudio Rodríguez.

Canciones y soliloquios titula el tomo, luego ampliado, en que recopila lo fundamental de su obra. Un puñado de nuevas can-ciones añade en *Uno o dos en 23 sitios o más*. La estructura del vo-lumen, que no lleva índice, re-sulta curiosa. Aparece, en primer lugar, la colección que le da tí-tulo, veintitrés canciones surgi-das a lo largo de diversos viajes, generalmente por tierras espa-ñolas. Vienen luego, separados por un garabato e impresos en negrita, un poema titulado "So-liloquio con coro" y la traducción de un poema de Iris Murdoch. Termina el volumen con un "Su-plemento de lírica ferroviaria", una serie de canciones, nume-

radas del 84 al 105 que continúan las incluidas en *Del tren* (las precede un fragmento olvidado que ha de intercalarse, según indica el autor, en la página 99 de ese libro). Son los caprichos de la autoedición, que quizá desanimen a algunos lectores.

En el prólogo a *Ramo de romances y baladas* escribió García Calvo que el poeta, como creían los antiguos, es un "Criado de las Musas", pero que no hay más musa que "el lenguaje común y popular, del que toda gracia mana, y que es el que habla, hasta en la poesía culta, cuando el poeta tiene el arte de quitarse de en medio un poco". Mucho de esforzados, y a ratos hasta premiosos, ejercicios, tienen estas canciones, que no siempre consiguen levantar el vuelo (la inicial resulta especialmente cansina), pero que de vez en cuando logran esa magia popular que el autor busca, ese ser de todos y de nadie como las mejores canciones tradicionales. Algunos ejemplos memorables: la canción 5, la de la lluvia en París, la misma lluvia de hace años o siglos, indiferente a la locura breve de los hombres

que sueñan que hacen historia; la número 7, la propia muerte en-trevista un viernes santo en Sa-lamanca; la número 11, que habla de un hotel en las Ramblas y de un balcón abierto; la número 22, con su tarde quieta, transparente, la cigüeña enhiesta en su torre y el tiempo por un instante dete-nido. Las machadianas canciones del tren no resultan menos me-morables, trenes que van de Za-mora a Ávila o a Medina, que cru-zan la Mancha, que bordean el Miño o el Duero, que pasan una y otra vez frente a Navalgrande, que unen Palma con Sóller. El re-cuerdo de Antonio Machado re-sulta inevitable: "Corre el tren/por sus brillantes rieles,/devo-rando matorrales,/alcaceles,/te-rtraplens, pedregales,/ olivares, caseríos,/ praderas y cardizales,/ montes y valles sombríos". En varias de estas canciones viaje-ras el autor se encuentra, al volver a un lugar frecuentado hace años, con aquel que fue, esperándole: el exiliado de París, el alférez no-vato de Plasencia. "¿Cuándo será que pueda/librame de este hom-bre,/ y que me deje/que me ol-vide, que siga/andando solo/y como pueda?". El autobiográfico temblor de la elegía añade emo-ción a unas canciones que se quieren de todos y de nadie, desnudo regalo del ritmo y de la len-gua, y que a veces, como por im-previsto milagro, nos permiten entrever lo que está más allá de las palabras.

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN